

de su reinado, que los deberes de un rey eran su principal ocupación: la Francia le debe los mas bellos establecimientos, y las mas sábias leyes.

(AÑO 1248 DE JESUCRISTO.)

PRIMERA CRUZADA DE SAN LUIS.

UNA peligrosa enfermedad que padeció San Luis, fué el motivo de la primera cruzada que emprendió para recobrar la tierra santa. Fué atacado de una disenteria tan violenta, que muy pronto le puso en peligro de muerte: algunas veces se creyó que habia espirado. La Francia, consternada, dirigia á Dios fervientes oraciones, pidiéndole les conservase á su padre y su rey: pusieron sobre el agonizante príncipe el pedazo de la verdadera cruz y las otras reliquias que habia recibido en Constantinopla, y volvió de su letargo. La primera palabra que pronunció, fué para llamar al obispo de París, y pedirle la cruz, porque queria ir al socorro de la tierra santa. El prelado le espuso muchas dificultades; pero el rey insistió de una manera tan persuasiva, que ya no tuvo medio de rehusárselo. Al recibir la cruz, la besó afectuosamente, y declaró que estaba enteramente sano: en efecto, muy poco despues volvió á presentarse en medio de su pueblo, y se enterneció al ver el espectáculo de la pública alegría. Se dispuso á cumplir su voto con el ejercicio de toda clase de buenas obras: el mayor núme-

ro de los príncipes tomaron la cruz, y á su ejemplo hicieron lo mismo la nobleza y el pueblo. El rey se embarcó con el designio de llevar la guerra al Egipto, y atacar en su propio pais al sultán que tenia la tierra santa bajo su dominio. Llegaron con felicidad á la isla de Chipre, en donde el rey habia hecho preparar los almacenes: desde allí envió á declarar la guerra al sultán de Egipto, en caso que rehusase devolver á los cristianos las plazas que les habian quitado. El fiero musulmán negó lo que el rey pedia, y se preparó á sostener la guerra. La flota de los cruzados partió, pues, de la isla de Chipre, y llegó á la vista de Damietta, una de las mas fuertes plazas del Egipto. El enemigo guardaba la costa, para oponerse al desembarco: entonces el rey subió á la cubierta de la nave, y todos los señores se reunieron á su alrededor. "Mis amigos, les dijo, este viage ha sido emprendido por una singular providencia: no podemos nosotros dudar que Dios tenga algun gran designio: seremos invencibles si nos reunimos; pero cualquiera que sea el éxito, él nos será ventajoso: si morimos, obtenemos la inmortal corona del martirio; y si es nuestra la victoria, Dios será glorificado: combatamos nosotros por él, y él triunfará por nosotros: no tengais consideracion á mi persona: yo no soy mas que un hombre, cuya vida esta en las manos de Dios." Estas palabras, y la intrepidez del rey, inspiraron á los cruzados un nuevo ardor, y avanzaron con valor sobre la ribera. El legado que estaba en el mismo bajel del rey, llevaba una cruz levantada, para animar á los soldados con la vista de este signo sagrado: presidia una chalupa, en la que se habia colo-

cado la oriflama, estandarte que nuestros reyes hacían llevar delante de ellos á la guerra: cuando ya no había suficiente agua para abordar con los bajeles, el rey saltó al mar con la espada en la mano, y le siguió todo el ejército. Los enemigos dispararon una lluvia de dardos; pero no pudieron resistir al impetuoso ataque de los franceses, y huyeron en desorden. Los habitantes y la guarnición de Damietta, abandonaron esta plaza, y el rey entró á ella sin resistencia; pero esto no fué con la pompa y el fausto de un conquistador, sino con la humildad de un rey verdaderamente cristiano, que hace á Dios un homenaje sincero de su victoria. Hizo su entrada en procesion, descalzo, con los príncipes y el clero: se fué de esta manera hasta la principal mezquita, en la que el legado, purificándola, hizo una Iglesia, y en ella celebró solemnemente la misa.

(AÑO 1250 DE JESUCRISTO.)

PRISION DE SAN LUIS.

SAN LUIS, dueño ya de Damietta, resolvió ir con dirección al Cairo, que era la capital del Egipto: para llegar á este punto, era necesario combatir con el ejército de los infieles, que estaba acampado en un lugar llamado Mazoura. El rey condujo á este sitio sus tropas, y atacó á los enemigos, que hicieron una vigorosa resistencia. La temeridad del conde de Artois, que se avanzó contra la ór-

den del rey su hermano; hasta la Mazoura, atrajo sobre él y sobre el ejército frances, todas las desgracias que siguieron á esta funesta jornada. Los enemigos se arrojaron sobre él impetuosamente: los franceses volaron al socorro del príncipe, y el conde se empeñó en un sangriento combate, donde perdió la vida. La pérdida fué considerable de una y otra parte; pero el enemigo podía reparar sus fuerzas, estando en su propio país; mas no sucedía lo mismo á los cruzados. Por colmo de su desgracia, se estendió entre ellos una enfermedad contagiosa que los obligó á quedar en inacción por espacio de muchos meses: como los víveres se consumían, á la peste se agregaba la hambre: fué, pues, necesario volver á tomar el camino de Damietta; mas los enemigos los siguieron, y todo el discurso de la marcha fué un combate continuo. El santo rey hizo increíbles esfuerzos; pero habiéndose visto precisado á detenerse en una pequeña ciudad, cayó en manos de los infieles con sus dos hermanos, y la mayor parte de su ejército. San Luis se hallaba en la prision, lo mismo que sobre el trono: tan grande se manifestaba en medio de las cadenas, como si hubiese sido el vencedor en el campo de batalla: los bárbaros mismos estaban admirados de su firmeza, y decían que este era el mas valeroso de los cristianos que habían conocido jamás: tratado con inhumanidad, se portó siempre como rey, cuya grandeza es independiente de los acontecimientos: como cristiano fiel á Dios, es el que tiene, sobre todo, el primer lugar en sus acciones: como héroe, su alma es superior á todas las desgracias. "Tú eres, el que estás preso, le decían los bárbaros, y nos tratas co-

mo si nosotros fuésemos tus cautivos." Esta constancia heroica hizo tanta impresion sobre el sultán, que le ofreció su libertad, con la condicion de que diese un millon de besantes de oro por su rescate y el de los otros prisioneros. "La persona de un rey de Francia no se rescata á precio de plata, respondió el rey: yo daré por mi rescate la ciudad de Damietta, y por el de mis súbditos, la suma que vos me pedis." El sultán, lleno de admiracion, hizo al rey una rebaja de la quinta parte del precio. Estaba concluido el convenio; pero antes que se ejecutase, el sultán murió á manos de sus emires, y esta muerte volvió á poner al santo rey en nuevos embarazos. Los asesinos vinieron á su prision como unos furiosos: Luis los vió entrar sin turbacion, y su intrépida serenidad les infundió respeto: ellos ratificaron el convenio, y aun deliberaron si lo nombrarian su sultán; pero el temor de ver sus mezquitas destruidas por un príncipe tan firme en su religion, les impidió ofrecerle esta dignidad. Puesto en libertad el rey, ejecutó fielmente lo tratado: entregó á Damietta en el día señalado, y pagó la suma prometida; y como los infieles se hubiesen engañado en el cálculo con desventaja de ellos, les hizo remitir lo que faltaba, aunque hubiesen sido poco exactos en el cumplimiento de sus compromisos.

VIAGE DE SAN LUIS A LA PALESTINA.

Los infieles retenian, violando la fé del tratado, un gran número de prisioneros franceses, y se es-

forzaban en hacerlos apostatar: esto fué lo que impidió al santo rey volver á Francia, segun se le estrechaba. Para lograr mas fácilmente el sacar de sus manos el resto de los cautivos, y preservar la tierra santa de una total ruina, se hizo á la vela ácia la Palestina, y llegó felizmente á la ciudad de Acre. Fué recibido con grandes demostraciones de gozo por los habitantes, que vinieron en procesion á encontrarlo hasta el mar. Apenas le habian quedado seis mil hombres, número muy pequeño para formar alguna empresa; sin embargo, á ruego de los cristianos de este pais, resolvió permanecer algun tiempo; pero envió para Francia á sus dos hermanos, Alfonso de Poitiers y Carlos de Anjou. En el tiempo que permaneció este príncipe en la tierra santa, visitó los santos lugares, con los mas tiernos sentimientos de piedad, y las demostraciones de respeto mas edificantes. Habiendo ido á Nazaret el día de la Anunciacion, apenas vió desde lejos este sagrado lugar, cuando bajó del caballo y se puso de rodillas: despues hizo á pié lo restante del camino, aunque estaba muy fatigado, y habia ayunado este dia á pan y agua: tenia muy grandes deseos de ir á Jerusalem, y el sultán que allí mandaba, se lo habia permitido; pero se le representó que si entraba á la ciudad santa sin haberla libertado, todos los reyes que viniesen en lo sucesivo á la Palestina, se creerian libres de su voto, contentándose, á imitacion suya, con hacer un simple viage de devocion. Esta consideracion le hizo variar de intencion. Empleó todo el tiempo que se detuvo en Palestina, en asegurar los negocios de los cristianos de este pais, reparando y fortificando á sus

espensas las plazas que allí tenían. Se hallaba ocupado en estas grandes obras, cuando supo la muerte de la reina Doña Blanca, su madre: la lloró amargamente; pero como cristiano, con una entera resignación en la voluntad de Dios, se puso de rodillas delante del altar, y dirigió á Dios estas palabras: "Señor, yo os doy gracias por haberme conservado hasta aquí una madre tan digna de todo mi afecto: esta era un presente de vuestra misericordia, tomadlo como un bien que os pertenece: yo no debo quejarme de esto: es cierto que yo la amaba tiernamente; pero si es vuestro agrado quitármela, vuestro nombre sea bendito en todos los siglos." Esta muerte le hizo pensar en volver á Francia, después de casi seis meses que habia salido de ella. Hizo sus últimas disposiciones; y habiendo puesto las plazas de la Palestina en estado de defensa, partió del puerto de Acre, el mes de Abril de 1254, llenó de las bendiciones de todo el pueblo, de la nobleza y de los obispos, que le condujeron hasta su navio. En el curso de la navegacion, el santo rey se ocupó en la oracion, en el cuidado de los enfermos, y en la instruccion de los marineros: sus ejemplos produjeron los mejores efectos: los ejercicios de la religion se practicaban casi con tanta regularidad, como en un monasterio. Desembarcó en Provenza, y tomó el camino de París, á donde llegó el día 5 de Septiembre. Uno de sus primeros cuidados, fué ir á dar gracias á Dios, á la Iglesia de San Dionisio, á la cual hizo magníficos presentes.

ell

(AÑO 1270 DE JESUCRISTO.)

SEGUNDA CRUZADA DE SAN LUIS.—SU MUERTE.



SAN LUIS, después de haber vuelto de la Palestina, no habia dejado la cruz, porque desde entonces meditaba una segunda expedicion, con el mismo objeto: las nuevas que recibió de este pais, lo confirmaron en esta determinacion. Después de su partida, los infieles habian vuelto á tomar una parte de las plazas que habia fortificado, y ejecutaban las mas grandes crueldades contra los cristianos que rehusaban abrazar el mahometismo. Este príncipe, después de haber arreglado los asuntos de su reino, declaró la resolucion que tenia de ir á socorrerlos. Empeñó á los príncipes y á los señores de sus estados, para que se cruzaran con él: sus discursos y su ejemplo hicieron la mas viva impresion en los espíritus, y el rey se vió pronto á la cabeza de un poderoso ejército. Se embarcó en el mes de Julio del año de 1270, y dirigió la vela ácia Tunez. Se determinó á conducir su ejército á este punto, porque el rey le habia hecho creer que abrazaria la religion cristiana, si no temiese por esto la revolucion de sus vasallos. Esta conversion parecia á Luis muy propia para facilitar el recobro de la tierra santa, que deseaba tan vivamente. ¡Oh, exclamaba algunas veces, si yo tuviese el consuelo de verme padrino de un príncipe mahometano! Pronto se desvaneció una esperanza tan lisongera, porque desde que los